

LOS PADRES DE LA IGLESIA



Colección “Raíces de la fe”

BENEDICTO XVI

LOS PADRES DE LA IGLESIA

De Clemente de Roma a san Agustín



Ciudad Nueva

5ª impresión: noviembre 2014

Título original:
I Padri della Chiesa.
Da Clemente Romano a Sant'Agostino
© 2008, Libreria Editrice Vaticana
00120 Città del Vaticano

© de la traducción: Libreria Editrice Vaticana

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

Imagen de cubierta: *Los tres jerarcas*
(Basilio de Cesarea, Juan Crisóstomo, Gregorio Nacianceno),
Mosaico s. XII, Catedral de Cefalú (Sicilia)

© 2008, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-147-4

Depósito legal: M-51414-2010

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Siglas

- AAS *Acta Apostolicae Sedis*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1906ss.
- BAC Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid: Católica, 1945ss.
- BPa Biblioteca de Patrística, colección dirigida por M. Merino Rodríguez, Madrid: Ciudad Nueva, 1986ss.
- CCL Corpus Christianorum. Series Latina, Turnhout - Belgium: Brepols, 1953ss.
- FuP Fuentes Patrísticas, colección dirigida por J. J. Ayán Calvo, Madrid: Ciudad Nueva, 1991ss.
- PG *Patrologiae Cursus Completus*. Series Graeca, 166 vols., obra dirigida por J.-P. Migne, Paris: Migne, 1857-1886.
- PL *Patrologiae Cursus Completus*. Series Latina, 221 vols., obra dirigida por J.-P. Migne, Paris: Migne, 1844-1864.
- SC Sources Chrétiennes, colección dirigida por H. de Lubac, J. Daniélou y otros, Paris: du Cerf, 1941ss.

Introducción

1. La teología de comunión

Si un solo término pudiera abarcar toda la profundidad del pensamiento de Benedicto XVI, incluida su producción literaria anterior a la elección como Romano Pontífice, quizá nos atreviéramos a decir que la palabra «comunión» es la que más se acercaría a dicho intento¹. Por eso no extraña que después de dedicar los discursos de las primeras audiencias generales de cada miércoles al comentario de diversos pasajes de las Sagradas Escrituras, en el primer aniversario de su elección pontificia, concretamente el último miércoles del mes de abril de 2006, el Papa proclamara:

«En la nueva serie de catequesis, que comenzamos hace poco tiempo, tratamos de entender el designio originario de la Iglesia como la ha querido el Señor, para comprender así mejor también nuestra situación,

¹ En las catequesis que en este volumen se ofrecen, aparece el término «comunión» en repetidas ocasiones, con sus distintos significados. Precisamente en la que tiene como centro de la explicación de Benedicto XVI a san Paulino de Nola, dice: «La teología de nuestro tiempo ha encontrado precisamente en el concepto de comunión la clave para enfocar el misterio de la Iglesia» (p. 212).

nuestra vida cristiana, en la gran comunión de la Iglesia [...] Y esta comunión, que llamamos Iglesia, no sólo se extiende a todos los creyentes de un momento histórico determinado, sino que abarca también todos los tiempos y a todas las generaciones»².

Durante casi todo el segundo año de su Magisterio, con la excepción obvia que solicitaban las diversas celebraciones litúrgicas y otros eventos circunstanciales, Benedicto XVI dedica gran parte de los discursos de sus audiencias generales de los miércoles a la explicación catequética sobre la importancia de los apóstoles y otras figuras señeras que vivieron en los orígenes de la Iglesia. Por ejemplo, en marzo de 2007, afirmaba:

«Llegamos hoy al final de nuestro recorrido entre los testigos del cristianismo naciente que mencionan los escritos del Nuevo Testamento»³.

En estas alocuciones, el Papa insiste una y otra vez, como buen pedagogo, en la importancia de sacar «la luz y la fuerza» de estos primeros cristianos «para promover

² BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 26 de abril de 2006. Las últimas palabras de esta intervención nos parecen también esclarecedoras: «Concluyendo y resumiendo, podemos decir que la Tradición no es transmisión de cosas o de palabras, una colección de cosas muertas. La Tradición es el río vivo que se remonta a los orígenes, el río vivo en el que los orígenes están siempre presentes. El gran río que nos lleva al puerto de la eternidad. Y al ser así, en este río vivo se realiza siempre de nuevo la palabra del Señor que hemos escuchado al inicio de labios del lector: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20)».

³ ID., *Audiencia general*, 14 de febrero de 2007.

una auténtica renovación moral, social y económica» de la sociedad que nos toca vivir a los cristianos de este siglo recién estrenado.

El miércoles siguiente al de Ceniza de ese mismo año, el Romano Pontífice iniciaba las catequesis que ahora presentamos, con las siguientes palabras:

«Durante los meses pasados hemos meditado en las figuras de cada uno de los apóstoles y en los primeros testigos de la fe cristiana mencionados en los escritos del Nuevo Testamento. Ahora dedicaremos nuestra atención a los santos Padres de los primeros siglos cristianos. Así podremos ver cómo comienza el camino de la Iglesia en la historia»⁴.

El Papa se disponía a recorrer los primeros jalones de esa historia que llega a hasta nuestros días de la mano de las figuras más eminentes de aquella primera época. Ciertamente es sabido que la historia de la Iglesia comprende distintas etapas, que sus investigadores han dividido en las conocidas Edades Antigua, Media, Moderna y Contemporánea. En efecto, así es conocida la historia de la Iglesia por lo que a su cronología se refiere. Pero no es menos cierto que desde otros puntos de vista cada una de esas épocas se encuentra revestida de sus intereses y características propios, y sus protagonistas alcanzan un relieve muy diverso en cada una de ellas. Ya el recordado papa Juan Pablo II, refiriéndose a la época antigua de la Iglesia, nos dejó escrito:

⁴ ID., *Audiencia general*, 7 de marzo de 2007.

«De la vida recibida de los Padres sigue viviendo la Iglesia hoy, sobre los fundamentos puestos por esos primeros constructores sigue edificándose hoy entre los gozos y las penas de su caminar y de su trabajo cotidiano»⁵.

En efecto, explicar la importancia decisiva que tienen los Padres de la Iglesia, es decir, las grandes personalidades de los primeros siglos de la Iglesia, es la tarea que se propone Benedicto XVI, en las treinta y seis catequesis que se ofrecen en el presente volumen, y que fueron desarrolladas en otras tantas audiencias generales de los miércoles, desde el mes de febrero de 2007 hasta marzo de 2008.

Las catequesis incluidas en este volumen abarcan las dos primeras épocas de la Patrística, que suelen distinguirse con la celebración del primer concilio ecuménico que tuvo lugar en la ciudad de Nicea (en la actual Turquía) durante el año 325. En la catequesis sobre el historiador Eusebio de Cesarea, el Papa manifiesta:

«En la historia del cristianismo antiguo es fundamental la distinción entre los primeros tres siglos y los que siguieron al concilio de Nicea del año 325, el primero ecuménico. Como “bisagra” entre los dos períodos están el así llamado “viraje constantiniano” y la paz de la Iglesia»⁶.

⁵ JUAN PABLO II, carta apostólica *Patres Ecclesiae* con ocasión del XVI centenario de la muerte de San Basilio (2-2-1980): AAS 72 (1980) 5.

⁶ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 13 de junio de 2007.

Es decir, la primera etapa comienza con Clemente de Roma y termina en los albores del siglo IV, mientras que la segunda, llamada también Edad de Oro de la Patrística, se extiende durante todo ese siglo IV y llega hasta 430, precisamente con la muerte de san Agustín. Hasta este año abarcan las catequesis de Benedicto XVI que se ofrecen ahora.

2. Cuestión terminológica

El término «padre» posee en todas las culturas un amplio uso de aplicación. En la Biblia aparece referido a Dios. En sentido más natural significa al que ha engendrado a un hijo, tanto corporal como espiritualmente, y de forma más amplia puede extenderse hasta los antepasados según la carne o el espíritu; así llamamos a Adán y Eva como nuestros primeros «padres».

En la religión judía también se atribuye este nombre a los antiguos testigos de las promesas y alianzas hechas entre Dios y el pueblo elegido. Así, las expresiones «el Dios de nuestros padres» o «nuestro padre Abrahán» recorren casi todas las páginas del Antiguo Testamento. También los primeros cristianos utilizan el nombre de forma generosa, como lo atestiguan las palabras de san Pablo: «Aunque tengáis diez mil pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres, porque yo os engendré en Cristo Jesús por medio del Evangelio»⁷.

⁷ 1 Co 4, 15. Cf. también Mc 14, 36; Rm 8, 15; Ga 4, 6.

Así pues, desde un principio los cristianos llamaban con el nombre «padre» a sus obispos. Por ejemplo, san Policarpo, en Esmirna, es designado «padre de los cristianos»⁸ y también el obispo de Roma, Eleuterio, en el año 177, es designado con dicho nombre por los mártires de Lyon⁹. Precisamente el término «papa», que es una de las distintas calificaciones de «padre», resultará usual desde entonces, encerrando el matiz de respeto y veneración.

Rápidamente se extendió la palabra «padre» a todos los obispos. No obstante, hacia el siglo IV, se refiere también a personas que no eran obispos, pero que gozaban de una autoridad doctrinal o legislativa incuestionable. La denominación «padre» llegaba a otros representantes autorizados de la Iglesia: a los directores en la vida ascética y monástica igualmente se les llamaría *abba*, otra nominación de «padre», de donde proviene el «abad» o *starez* en la Iglesia de Oriente. En esta misma época comenzó a utilizarse el término en plural, para designar a los obispos reunidos en un concilio.

Poco a poco, a partir de entonces, en la doctrina de la Iglesia se introduce el uso de recurrir a la autoridad de un cierto número de autores que son designados, *en sentido estricto*, con la expresión «Padres de la Iglesia», por gozar de los cuatro criterios siguientes: pureza de doctrina, santidad de vida, aprobación de la Iglesia y antigüedad. Estas cuatro características fueron propuestas por el monje san Vicente de Lérins, quien se preguntaba «si existe un mé-

⁸ *Martyrium Policarpi*, 12, 2

⁹ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Hist. Eccl.*, V, 4, 2.

todo seguro, universalmente válido y, por así decirlo, constante, que nos permita distinguir entre la verdadera fe católica y las mentiras de la herejía»¹⁰. Un decreto atribuido al papa Gelasio establece el catálogo de autores aceptados por la Iglesia católica¹¹, y desde entonces, los «Padres de la Iglesia» constituirán hasta nuestros días una referencia habitual en el magisterio universal de la doctrina católica.

Las características propuestas por san Vicente se prestan a críticas diversas; por ello, en los últimos tiempos, los estudiosos han decidido aplicar el título «Padre de la Iglesia» con un *sentido más amplio*. De esta manera gozan del mismo nombre todos aquellos autores de los primeros siglos de la Iglesia, y cuyo estudio es con frecuencia indispensable para comprender bien la historia y doctrina de la Iglesia. No obstante, el lector atento de estas catequesis del Papa Benedicto XVI podrá observar que la expresión «Padre de la Iglesia» es utilizada en muy pocas ocasiones, y se encuentra en aquellas enseñanzas en las que el Romano Pontífice se refiere a personas en las que se admiten sin discusión las cuatro categorías propuestas por san Vicente de Lérins. En efecto, puede localizarse en las páginas dedicadas a las catequesis sobre san Atanasio, san Basilio de Cesarea, san Hilario de Poitiers, san Jerónimo y san Agustín, por ejemplo.

¹⁰ VICENTE DE LÉRINS, *Common.*, 2.

¹¹ Este decreto, a pesar de su falta de autenticidad, ejerció un gran influjo en la transmisión de los textos de los autores antiguos, a partir de finales del siglo V.